Domingo XIII del tiempo Ordinario, ciclo A.

Selección de meditaciones del capítulo diez del Evangelio de San Mateo.

10/07/2002

San Mateo, 10, 1-7

1. Hubo un momento en el ministerio público de Jesús en que se reunió mucha gente alrededor del Mesías. Había un gran grupo de voluntarios alrededor de nuestro Señor, que se encargaba de predicar el Evangelio y de distribuir los bienes de la comunidad apostólica entre los más desfavorecidos de Palestina. En aquel tiempo, llegó el día en que muchos voluntarios no se esforzaban según las necesidades de los pobres del Señor y otros trabajaban hasta agotar su fuerza física, así pues, estos son los hechos por los cuales Jesús escogió a Doce voluntarios, para que siempre estuvieran con El, ayudando a los más necesitados y enfermos, simiente del Reino de Dios anunciado por los Profetas.

2. Jesús les dijo a aquellos Doce Apóstoles que sanaran a los enfermos y predicaran el Evangelio, para que los hombres dejaran de cometer errores, así pues, no olvidemos que la Historia nos ayuda a ver los errores que cometieron nuestros antepasados, reflejados en el presente, para que no se vuelvan a cometer en el futuro.

3. Conforme avanzamos en el estudio del Evangelio de San Mateo, desde que iniciamos el tiempo de Cuaresma -y con él el nacimiento de este foro-, Jesús nos ha dicho a través de los Santos Leví y Marcos que el Reino de Dios está cerca de nosotros. Así pues, si leemos el Evangelio de San Lucas, podemos comprender que el Reino de Dios está dentro de nosotros. Conforme avanzamos llevando a cabo las meditaciones de la Palabra de Dios a través del Año litúrgico, nuestra fe aumenta, y podemos constatar la veracidad de estas palabras del Evangelio (CF. LC. 17, 21). Por consiguiente, si somos el Reino de Dios, ¿qué esperamos para empezar a hacer milagros?

11/06/2002

San Mateo, 10, 7-13

1. Ayer meditamos las Bienaventuranzas de nuestro Señor Jesucristo. Hoy nos preparamos para comenzar a meditar el sermón de la montaña, que ocupa tres capítulos del Evangelio de San Mateo. Nuestra pretensión no consiste en meditar el Evangelio como si este fuera uno de tantos libros de entretenida lectura. Todos

sabemos que Jesús es una Persona real, y tenemos que dar a conocer nuestra fe y esperanza. Jesús nos invita a liberarnos de todo aquello que nos impide dar a conocer a nuestro Dios Uno y Trino.

2. "Hid y anunciadles que el Reino de Dios está ya cerca". Ayer os dije que las personas que no son autosuficientes tienen cierta facilidad para relacionarse con Dios. Nosotros somos los mensajeros del Espíritu Santo, y por ello tenemos que evangelizar a todas las personas que deseen acercarse a Dios. Yo os cuento que dejé de ejercer como catequista en la parroquia de San José de Nazaret de Cajiz (Málaga) porque mis niños no recibían gustosamente la Catequesis impuesta por la Iglesia. Me dolía ver a mis catequizandos forzados a estudiar por el sacerdote de turno y sus madres, bajo la amenaza de no hacer la Comunión, esto es, quedarse sin fiesta, sin tarta, sin regalos...

3. Jesús nos pide que hagamos toda clase de milagros en su nombre, pero que no les cobremos nada a quienes evangelicemos. Supongamos que ayudo a una persona mayor en sus tareas domésticas, por lo cual percibo un sueldo. En tal caso, no estoy ayudando al dueño de la casa, le estoy vendiendo un servicio, pero, si no percibo ganancia alguna a cambio de mi trabajo, obro en virtud del amor de Dios que mora en su Iglesia.

4. Nosotros no podemos predicar a Jesús si nuestra fe es débil, y tampoco podemos hacerlo correctamente si no tenemos paz espiritual. En los momentos de oscuridad, debemos obrar con más fuerza bajo la inspiración del Espíritu Santo, pues, en dichos momentos, manifestamos nuestro amor con respecto a Dios y a los hombres, de una forma muy grata al Altísimo.

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que nos ayude a proclamar la Buena Nueva de Cristo muerto y Resucitado con obras y palabras.

11/07/2002

San Mateo, 10, 7-15

1. San Mateo nos transmite las palabras con que Jesús envió a los Doce a predicar el Evangelio. Los Apóstoles podían hacer toda suerte de milagros, pero no podían salir de Palestina, porque aún no había llegado el tiempo de evangelizar a los gentiles.

2. El Evangelio que meditamos al celebrar la Eucaristía en este día, también es válido para nosotros, porque el Reino de Dios no ha sido instaurado plenamente entre los hombres. Aún no ha terminado este tiempo de gracia y salvación, en que nuestro Señor no cesa de llamarnos a su Reino de amor y gloria. Se me ocurre una alegoría para dar a entender la necesidad que tiene el mundo de evangelizadores.

Los cristianos, a la hora de predicar el Evangelio, somos semejantes a quienes vendemos lotería en las calles, por cuanto nos movemos mucho a lo largo del día. Así pues, de la misma manera que los loteros empezamos nuestro trabajo recorriendo algunas cafeterías, nos vamos a nuestro punto de venta, recorremos grandes distancias para vender los boletos que tenemos en las manos, etcétera, los cristianos podemos hacer mucho por la instauración del Reino de Dios entre los hombres. Un día podemos ir a visitar a algún enfermo, otro día, podemos consolar a alguna persona que ha perdido a algún ser querido, en otra ocasión, podemos solventar alguna duda que alguien tenga con respecto a nuestro Señor... Dios no nos exige que lo dejemos todo
para predicar el Evangelio, pero tampoco es bueno que escondamos nuestro conocimiento de nuestro Padre celestial, argumentando que pasa el tiempo y no nos encontramos a ningún creyente que guste hablar de nuestro Dios Uno y Trino.

3. No podemos predicar a nuestro Señor si no tenemos una formación que nos capacite para este fin. Mientras más conocimiento del Evangelio tengamos, más preparados estaremos para responder las preguntas que nuestros posibles interlocutores nos planteen. No obstante, no olvidemos que el Espíritu Santo hablará por nosotros, no tengamos miedo de evangelizar a quienes carecen del conocimiento de las verdades de nuestro Dios.

4. Necesitamos de la oración para evangelizar, porque, si no tenemos fe ni para hablar con Dios, ¿cómo vamos a transmitir nuestro conocimiento de nuestro Padre creyendo que el Espíritu Santo habla por nosotros?

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que nos ayude a ser buenos discípulos de Cristo Resucitado, el Buen Pastor de nuestras almas.

12/07/02

San Mateo, 10, 16-23

1. En estos días estamos meditando las palabras con que nuestro Maestro nos envía a predicar el Evangelio. Todos tenemos constancia de que los crímenes anunciados por nuestro Jesús en el Evangelio de hoy se han cometido, se cometen y se seguirán cometiendo, incluso en el nombre de Dios. Nos acordamos de nuestros hermanos de los países subdesarrollados de áfrica y Sudamérica, porque, a medida que aumentan sus carencias materiales, su fe no sólo se hace más visible, sino que también se hace más palpable.

2. Al meditar los grandes ejemplos de fe citados en el párrafo anterior, nos sentimos incómodos al pensar la vergüenza que nos da pensar que no sabemos lo que vamos a responder cuando estemos predicando el Evangelio, y nuestro Dios o nosotros seamos insultados por alguno de nuestros interlocutores. ¿Qué hacer en

esos momentos tan delicados? Si en alguna ocasión nos quedamos callados o enrojecemos, no olvidemos que el Espíritu Santo es quien habla a través de nosotros. Dad a conocer vuestros pensamientos de Dios sin miedo, no os preocupéis por lo que diga o piense la gente, porque el Espíritu Santo está con vosotros. Recordad, -pues-, cómo nos preparamos durante la Pascua de Resurrección para recibir al Paráclito el día de Pentecostés. No le falléis ahora al Dios que tanto os ama, y mi esfuerzo será semejante al vuestro. No está bien que yo me cite como gran ejemplo de fe, pero pensad que si a vosotros nadie os cree cuando habléis de Cristo, ¿cómo me van a creer a mí que
soy casi ciego total, hecho por el cual muchos me creen incapaz de pensar coherentemente?

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a Dios que nos ayude a ser valientes e imparables transmisores de la fe de nuestro Cristo amado.

26/12/2002

Fiesta de San Esteban

San Mateo, 10, 17-22

Meditación del Evangelio diario

Si Cristo nació ayer para morir por nosotros, hoy celebramos al Diácono San Esteban, Protomártir del quinto Evangelio, judío heleno que murió por ser un fiel servidor de Cristo Rey. Cuando la Iglesia de Jerusalén fue fundada por los Apóstoles, sucedió que no todos los creyentes eran de igual forma de pensar, por cuanto muchos de ellos habían sido nutridos con la cultura griega, esta fue la razón por la cual los judíos helenos les pidieron a los Apóstoles que en la Iglesia naciente los cristianos se dedicaran a servir mejor a los huérfanos y a las viudas, pues, según las creencias judías, junto a los leprosos, los ciegos y estériles, esos eran quienes habían de ser considerados, según el Talmud, como los más desgraciados y, por tanto, pecadores. Los Apóstoles se encontraban sujetos por una gran presión, porque, de un lado tenían a los judíos de Palestina quienes les exigían que únicamente se dedicaran a evangelizar, ese era también el mandato de la conciencia colectiva del Colegio
Apostólico, pero de otro lado estaban los judíos procedentes de la cultura griega, gente diferente que exigían un especial cuidado con respecto a los más pobres y marginados.

Para resolver aquel tedioso conflicto, los Apóstoles consultaron al Espíritu Santo, el amor de Dios que les propuso que crearan un grupo de 7 Diáconos judíos helenos, los cuales habrían de encargarse del cuidado y evangelización de los pobres, para que los fundadores de la primera comunidad cristiana pudieran seguir dedicándose a extender el Evangelio. De entre los siete Diáconos citados, destacaron dos sobremanera por su dedicación a la Evangelización y por su forma

de aceptar los dones con que el Paráclito colmó sus corazones. Los nombres de los citados Predicadores son Esteban y Felipe.

Hoy, veintiséis de diciembre, la Iglesia nos propone que recordemos la fe de San Esteban, con el fin de que intentemos emular la confianza de nuestro Santo en Dios. Todos sabemos que los seguidores de Cristo empezaron a tener dificultades con las autoridades judías cuando dejaron de reunirse en el Templo de la ciudad Santa y empezaron a reunirse en sus casas particulares para celebrar la Eucaristía. San Lucas nos dice en los Hechos de los Apóstoles que San Pablo se ocupó de guardar la ropa de San Esteban mientras que este era lapidado. El alboroto suscitado por el Martirio de Esteban dio lugar a la primera gran persecución a que sobrevivió la Iglesia de Jerusalén, un trascendental hecho que hizo que el Diácono Felipe comenzara a convertir a los samaritanos a Jesús.

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que nos conceda la fidelidad que San Esteban tuvo para morir en el nombre de su amor con respecto a su Dios y a la Cristiandad.

13/07/2002

San Mateo, 10, 24-33

Se nos están volviendo difíciles de aceptar las palabras del Jesús cuyo Nacimiento nos llenó de emoción y esperanza cuando le contemplamos en los días de Navidad como el más indefenso de los niños en el portal de Belén. En nuestra sociedad, elogiamos mucho a quienes consiguen destacar en algún campo, exceptuando, claro está, la fe. En nuestros medios de comunicación podemos ver, escuchar o leer, noticias sobre sucesos desagradables, actos y palabras de nuestros políticos... En rara ocasión tenemos noticias de que alguna persona dedica su vida a predicar el Evangelio o a beneficiar en conformidad con sus muchas o escasas posibilidades a la gente que, por su situación económica, carece de voz y voto.

Durante los días del tiempo de Cuaresma -especialmente en la Semana Santa-, nos dedicamos a meditar con cierta profundidad la Pasión de nuestro Señor. Si tuvisteis la oportunidad de leer los breves comentarios que fueron publicados en este foro, pudísteis observar cómo le presté una especial atención al comportamiento de algunos de los personajes que protagonizaron los grandes acontecimientos que dieron origen a nuestra Iglesia universal. El más admirado y menos imitado de los Apóstoles en los días de Semana Santa fue San Juan, quien no escatimó la posibilidad de ser torturado o asesinado, al acompañar a nuestro Maestro durante sus últimas horas de vida.

Si comparamos los hechos que le acaecieron a nuestro Hermano y Señor durante su Pasión, podemos comprobar cómo las palabras pronunciadas por Jesús en el Evangelio de hoy se cumplieron en el Mesías de Dios. Jesús fue asistido por el

Espíritu Santo cuando hubo de defenderse ante sus acusadores, pero no fue salvo por ello de morir crucificado.

No debemos creer que Jesús nos está convirtiendo en masoquistas. Jesús nos pide en el día de hoy que optemos por los más débiles del mundo, aunque tengamos que ser por ello marginados en algún momento de nuestra vida. Recordemos que Jesús, al hablar de nuestras fiestas, decía que no tenemos mérito si invitamos a nuestros banquetes a quienes pueden devolvernos lo que gastamos en ellos. El mérito de los cristianos redunda en colmar de dones por acción del Espíritu Santo a quienes no pueden pagarles lo que reciben.

No creamos que es difícil seguir a Jesús. ¿Qué nos cuesta acompañar a un enfermo una hora a la semana en su dolor? ¿Qué nos supone dirigirnos a nuestra sucursal bancaria y donar algún dinero a nombre de alguna persona u organización que trabaje a favor de los sin techo?

Vivimos en la civilización del poder, el prestigio, el dinero y el ruido. Nos movemos en nuestro ambiente familiar, social y laboral. Movámonos en el ambiente de nuestra parroquia, unámonos a una comunidad virtual, si no podemos meditar la Palabra de Dios en un grupo de reflexión y oración comunitaria. No seamos egoístas, seamos una sola persona en comunión con nuestros familiares y amigos.

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que no le fallemos en el seguimiento de Cristo y en el cumplimiento de su Ley, que no nos falten ni fuerzas ni ganas de amar a nuestro Padre celestial en nuestros prójimos los hombres, especialmente en aquellos que carecen de dádivas materiales y espirituales.

Domingo, 23/06/2002

Domingo XII del tiempo ordinario

Lecturas: Jeremías, 20, 10-13; Salmo 68; Romanos, 5, 6-11; Mateo, 10, 26-33

1. Si es difícil ser un cristiano común en una sociedad en que el Dios de los cristianos resulta ser insoportable, los predicadores somos semejantes a quienes se mortifican sin temor alguno al escarnio, la enfermedad o la muerte. No pretendo compararme en forma alguna a los Profetas del Antiguo Testamento, ni a San Juan Bautista, ni a Jesús, ni a ninguno de nuestros Santos Mártires, sólo digo que los predicadores, alguna vez en nuestra vida, lo pasamos muy mal. Así pues, cuando alguien maldice a Dios ante un cristiano no practicante, este se calla prudentemente, e incluso le da la razón a quien habla sin medir sus palabras y su enfado. Un predicador no puede soportar esa situación, amablemente, ha de pedir un poco de respeto. Jeremías sufrió mucho a manos de cuatro reyes de Israel, que no confiaban en la Palabra de Dios que les era revelada a través de su Profeta.

Llegó a ser tan grave el estado de desesperación de Jeremías, que nuestro Profeta llegó a desear que Dios vengara sus sufrimientos en quienes le torturaban de muchas maneras. En nuestro tiempo, muchos cristianos, llenos de alegría, siguen muriendo en pos de la nueva Evangelización, en nombre de Jesús de Nazaret. Estos cristianos no son de los que se quitan del ruido del mundo, desentendiéndose de los problemas de la humanidad excusándose porque oran mucho. Los Mártires de nuestra Iglesia, en su mayoría, son gente comprometida con Dios, para salvar a la humanidad del pecado, el dolor y la muerte.

2. Ante el intenso dolor que vive la mayor parte de la humanidad, San Pablo nos sigue exponiendo incansablemente los motivos por los cuales nos redimió nuestro Señor, así como las gracias que hemos conseguido gracias al sacrificio expiatorio y cruento de nuestro Hermano mayor. El Apóstol de la gentilidad nos informa de que Jesucristo es nuestra vida física y espiritual, el Camino, la Verdad y la Vida que nos hace sentirnos salvos, redimidos, amados de Dios, a pesar de las muchas exigencias que para nuestros corazones egoístas resultan incumplibles de que consta la Santa Ley de Dios, aquellos preceptos de los cuales nuestro Hermano y Señor nos dijo que hemos de respetar hasta el más insignificante de los mismos.

3. "No tengáis miedo a los hombres" -nos dice Jesús- Nosotros como cristianos tenemos un deber que cumplir en nuestra sociedad, y ese deber, consiste en despertar en nuestros hermanos los hombres la conciencia del amor y la justicia de Dios. No obstante, al no tener fe en la inspiración del Espíritu Santo, nuestra forma de proceder es coartada por nuestro miedo, nuestros respetos inútiles. Sembradores, no dejéis de sembrar, dejad que Cristo coseche el fruto de vuestro trabajo. No me vengáis a decir ahora que la incredulidad del mundo es superior al Evangelio de nuestro Hermano y Señor Jesucristo. No tengáis miedo de lo que los demás os hagan o digan de vosotros, porque vuestra vida espiritual está reservada por Dios para gozar de la plenitud de la vida eterna. No temáis derramar vuestra sangre en defensa de las verdades de Dios, temed la injusticia del hombre antes de que se establezca el Reino de nuestro Padre celestial.

4. "Nada hay escondido que no llegue a saberse" -dice el Señor- Estas palabras evangélicas nos incitan a liberarnos de los pensamientos oscuros, de las superfluas obras del maligno. En nosotros ha de permanecer el amor de Dios, ese don celestial que lo abarca todo, que no permite secretos de ninguna índole. Nosotros somos libres para transmitir el amor que hemos recibido de Dios, disipemos nuestros inútiles miedos, dejándonos inspirar por el Espíritu Santo.

9/07/2002

San Mateo, 10, 28-33

Hace algunos días os dije que Juan Pablo II inició su Pontificado con estas palabras de Jesús: "No tengáis miedo". Podemos tener miedo con respecto a

muchas cosas, pero la fe ha de superar la debilidad de cualquier conducta coartada por la falta de coraje para afrontar ciertas circunstancias. El pasado lunes 5 de agosto, leí en la web de Europa Press que en España ha aumentado la venta de antidepresivos, os digo esto porque cada día recibo más mensajes de correo de hermanos que padecen dicha enfermedad. Hoy quiero dirigirles esta meditación a esas personas que carecen del valor necesario para afrontar esas circunstancias que creen adversas. En este momento estoy recordando los obstáculos que tuve que vencer cuando aprendí a caminar con el bastón blanco, el ojo de los ciegos que no tenemos perro guía. En un principio, empecé a hacer prácticas en Cajiz, el pueblo donde viví durante 23 años. Posteriormente seguí haciendo prácticas en Torre del Mar y Vélez Málaga, donde las calles eran más asequibles para caminar sin tropezar con ciertos obstáculos, y no había riesgo de caer por un precipicio, pero debía aprender a moverme en la carretera, agudizando el oído.

La mayoría de las personas depresivas que me escriben se acusan de haber cometido errores, acción muy humana por cierto, causa por la cual les digo a tales personas que herrar no significa perder la batalla o la causa, sino que hay que seguir luchando por lo que se desea.

Concluyamos esta meditación del Evangelio diario, pidiéndole a nuestro Padre y Dios que nos ayude a hacer que los más débiles no sientan miedo.

15/07/2002

San Mateo, 10, 34-42.

1. "No creáis que he venido a traer paz al mundo" -dice el Señor- Resultan paradójicas estas palabras de Jesús, porque, habiendo yo proclamado muchas veces en este foro que nos es necesaria la paz espiritual y mundial, parece ser que nuestro Señor me está contradiciendo. Nuestro Hermano mayor nos dice que no es fácil la vida de quienes optan por los más desposeídos de este mundo, y no se adaptan a una religiosidad farisaica. Los cristianos tenemos que estar presentes en todas las actividades que conforman la vida de nuestra sociedad, desde la vida familiar, hasta los actos políticos. No pretendo decir que el mundo es malo, pero, el cristianismo nos propone un ideal de vida que exige tanto sacrificio y donación de sí mismo, que nuestra sociedad hedonista no puede aceptarlo sin protestar, porque hasta los mismos cristianos tenemos dificultades para hacer por los hombres parte de las cosas buenas que hizo nuestro Jesús por nosotros, así pues, en una sociedad en que deseamos
pertenecer a un status social superior, y hacemos lo posible para aumentar nuestras riquezas y no perder un sólo céntimo de euro, no ha de resultarnos extraño el hecho de que los cristianos seamos mal vistos en algunas ocasiones.

2. La gran meta de todo cristiano consiste en permanecer junto a Dios en su Reino de amor, y, aunque por causa de Cristo vivamos sin paz, nuestro amor a Dios

ha de ser superior al amor que sentimos por nosotros mismos y nuestros seres más allegados. Tengamos presentes estas palabras del Señor a sus Apóstoles: "Vosotros no habéis perdido nada al renunciar a vuestra vida junto a vuestros seres queridos para seguirme, pues, quien deje algo por mí, recibirá el ciento por uno, en compensación por los familiares y bienes a que haya renunciado".

3. Terminado su discurso, Jesús siguió evangelizando a las gentes de Israel. Todos sabemos que Jesús no podía descansar, pues la gente le seguía a donde iba.

¿Nos busca alguna persona para que le ayudemos a conocer a Cristo?

Si nadie nos reclama para que le hagamos conocer el Evangelio, ¿qué esperamos para empezar nuestra predicación?

Pidámosle a nuestro Padre y Dios al concluir esta meditación del Evangelio diario, que nunca nos falte la paz, el discernimiento y el espíritu de decisión, necesarios para extender nuestra fe a quienes amamos.

Domingo, 30/06/2002

Domingo XIII del Tiempo Ordinario

Lecturas: 2 Reyes, 4, 8-11. 14-16; Salmo 88; Romanos, 6, 3-4. 8-11; San Mateo, 10, 37-42

1. Fijémonos en un detalle de la primera lectura correspondiente a la Eucaristía que celebramos hoy. Eliseo intentó ver cómo su joven siervo expresó su bondad en palabras. Al oír la pregunta del Profeta sobre cómo había de ser compensada la mujer sunamita por su buena conducta para con el siervo de Dios, el muchacho no supo qué responder, y se le ocurrió que aquella noble mujer sería feliz si tuviera un hijo entre sus brazos, ya que el marido era de edad avanzada. Si nos preguntaran cómo han de ser tratados nuestros predicadores laicos y consagrados con respecto a los bienes materiales y espirituales que hemos recibido por obra y palabra de los mismos, ¿cuál sería nuestra respuesta a esta pregunta?

2. San Pablo nos sigue hablando de cómo hemos de nacer a la vida sobrenatural y eterna de Cristo. Muchas veces le pedimos a Dios que nos conceda dádivas para que las circunstancias que vivimos sean más llevaderas, o, simplemente, para que nuestros caprichos sean complacidos. Sería interesante cuestionarnos si le hemos pedido a Dios se cuide de nuestra alma una vez esta halla abandonado su morada terrenal. Deberíamos plantearnos seguir creciendo en nuestra vida espiritual, pues el sedentarismo del espíritu coarta el crecimiento de nuestra fe, y la entrega a nuestros hermanos los hombres.

3. El Evangelio y la Carta de Pablo parecen estar profundamente compenetrados. Hoy he recibido un mensaje de correo de una chica argentina que ha renunciado a una vida de abundantes bienes materiales, al perder la oportunidad de vivir junto a un joven millonario, porque este le propuso mantener relaciones prematrimoniales. En contraposición a este testimonio de fe, he recibido el testimonio de otra chica española, que afirma que las relaciones prematrimoniales no son pecaminosas, si estas son causa de un gran amor. Nosotros podemos juzgar ciertas actitudes, algunas formas de pensar, pero no debemos discutir ni adaptar a nuestra manera de pensar las Bienaventuranzas y sentencias de nuestro Hermano y Señor Jesús, el cual, si nos ha dicho que carguemos nuestra cruz sobre los hombros, y caminemos en pos de El, nos ama y desea santificarnos a través del camino del dolor y la alegría.